

Traer la democracia a España no es un problema fácil ni de plazo rápido. Es una cuestión compleja que tardará varios años en llevarse a término y que exigirá, ante todo, un cambio de mentalidad en las clases dirigentes del país. Hablo de los que en la derecha, en el centro y en la izquierda tienen liderazgo, nombre o responsabilidad. No solamente de los que ejercen cargo.

Pasar sin revolución de una mentalidad autoritaria a una mentalidad democrática es un proceso de inevitable lentitud. El talante, las palabras, los conceptos y el tono que se utiliza para dirigirse a los demás, a la opinión y hasta a los propios seguidores es todavía, en muchísimos casos, el de la situación franquista, con la verdad guardada, como en tabernáculo, por sus poseedores y los discrepantes o los indiferentes, tratados como paganos en espera de la conversión.

Los epítetos degradantes sustituyen todavía, con el sonoro vocablo peyorativo, la racionalidad de una crítica analítica o constructiva. Cuarenta años de Sardá y Salvany —«el liberalismo es pecado»— y de «Mein Kampf» —«el morbo demoliberal»— han deformado los hábitos del diálogo político, indispensable para la convivencia democrática. La convivencia misma es palabra que tiene todavía mala reputación en algunos medios. Supone relativismo de la verdad política. Respeto a las opciones ajenas. Posibilidad de que el adversario tenga una parte de la razón. Y que pueda acceder al poder por la vía de la legalidad electoral. Convivir es, pues, para ciertas mentalidades, la imposibilidad de poner en claro que el adversario no es tal, sino enemigo y, además, traidor. La palabra traidor y el vocablo traición son de los más frecuentados por la derecha española desde los tiempos de Fernández y González, el gran autor de los folletines por entregas, en el pasado siglo.

Organizar la democracia es proceder a la educación cívica de la derecha y de la izquierda y proscribir la violencia como instrumento de la acción política. En eso debe haber previo acuerdo formal y absoluto. Hay que denunciar las violencias y a

*José María de Areilza inicia hoy la publicación de una serie de artículos sobre la situación política nacional y su futuro inmediato. Al que hoy damos en exclusiva nacional, compartida con La Vanguardia, seguirán cuatro trabajos más sobre las garantías electorales, la crisis económica, la reconciliación de los pueblos de España y la lucha contra la corrupción administrativa. Con este análisis de conjunto de la realidad española José María de Areilza —ministro de Asuntos Exteriores en el primer Gobierno de la Monarquía, embajador en Buenos Aires, Washington y París, personalidad clave en la derecha democrática— se reincorpora a la política activa*

### TRIBUNA LIBRE

# Traer la democracia/1

JOSE MARIA DE AREILZA

los violentos como enemigos públicos del propósito democrático colectivo. Hay que descubrirlos y desenmascararlos para que sientan en su conciencia el repudio general de la sociedad hacia esa forma degenerada y primitiva de propugnar o defender las ideas y los sentimientos políticos.

Una democracia no se puede apoyar sino en el diálogo de los que hayan de protagonizarla. Y, por consiguiente, en el ulterior entendimiento. Suponer que la democracia consiste en fingir un truco para que se legitime aparentemente la continuación en el poder, no ya de las mismas personas, sino de la misma mentalidad y de idéntico sistema, es una necesidad y un simplismo. ¿A quién engañaría una ficción de esa naturaleza? ¿A la opinión pública nacional? ¿A la opinión internacional del Occidente? Nadie medianamente lúcido contestaría con la afirmativa. Aquí, o se ponen de acuerdo todas las fuerzas políticas reales del país en ese propósito común o no se puede ir a la democracia de verdad.

¿Es posible poner de acuerdo a las fuerzas políticas o a las corrientes ideológicas de España para un programa de esa naturaleza y alcance? A mi modo de ver, sí. Siempre que exista el intento y la voluntad de hacerlo. Si unos desean traer a España la democracia, como sistema de su vida pública, pero otros desean exac-

tamente lo contrario, porque no les gusta esa forma de gobierno o porque desconfían de ella, el empeño resultará imposible y los equívocos, las ambigüedades, la confusión y el desorden imperarán por todas partes. Hay que lograr el acuerdo entre todos los grupos y partidos políticos que quieran traer sinceramente la democracia a España.

Llegar a un acuerdo no quiere decir forzosamente gobernar en coalición. Significa, sencillamente, aprobar un plan, un programa de mínimos indispensables, para sobre él desarrollar el sistema operativo correspondiente. Es una iniciativa que aunque eventualmente conformada por los partidos, pertenece en realidad al ámbito del Estado: es una operación de Estado. Como tal ha de ser concebida y ejecutada. No veo qué otro camino viable existe para traer, pacíficamente, la democracia a España. Otros métodos, el de la imposición, por ejemplo, o del simple otorgamiento, no me parece que conduzcan a ninguna parte, salvo al callejón sin salida, es decir, a volver a entrar de donde se quiso salir. Puede que algunos sectores vayan buscando precisamente eso. Pero sería bueno para todos que lo manifestaran con claridad. No hay que tener miedo al definir

las posiciones de unos y de otros.

No existen en realidad grandes partidos en el momento actual. Hay fuertes y definidas tendencias en la sociedad. Y gentes que se sienten más o menos intérpretes de esas tendencias. En rigor, no se podrá hablar de partidos hasta después de las elecciones y siempre que éstas lo sean de verdad, es decir, que se lleven a cabo con garantías totales. Después de la primera consulta popular habrá una base estadísticamente cierta para calibrar la importancia y el volumen de los partidos. Y todavía tendrá que esperarse a las segundas elecciones generales, unos años después de las primeras, para que los grandes partidos aparezcan como tales, tras un rodaje de cierto tiempo. Así ocurre y ha ocurrido en los sistemas democráticos de las naciones de la Europa occidental. Y así sucederá también entre nosotros.

Si se logra un pacto de principio para traer la democracia a España habrá de ser entre todos. Quiero decir entre la derecha, el centro y la izquierda. No se puede pretender que la democracia la traiga la derecha sola, o la izquierda en exclusiva, o el centro. Ese es un planteamiento utópico y además anuncia con seguridad un fracaso a plazo fijo. El sistema democrático tienen que pactarlo y traerlo todos los sectores ideológicos de la política futura. En eso consiste precisamente la

clave de la operación. Los que no la entiendan así son precisamente quienes no desean traer la democracia a España.

Ese pacto o entendimiento hay que intentarlo sin demora. El tiempo apremia. El tiempo es un factor decisivo en política, tan decisivo como resulta, a veces, olvidado o desdénado por quienes viven y actúan como si no hostigara con su dardo acuciante los acontecimientos. El ritmo de nuestro tiempo de acción es, ahora, vivísimo, casi angustioso. La movilización popular, de un lado, que sube en oleadas cotidianas, con motivos diversos pero con sentido unívoco, presiona en dirección de la democracia sin duda razonable. El clima de conciencia crítica informativa hace que los estados de opinión se levanten y generalicen en horas, a pesar de la parsimonia deformante de la televisión, todavía sujeta a las inercias del pasado. Por todo ello hay prisa, hay poco tiempo, hay urgencia en la actuación. El compromiso para traer a España la democracia y lograr el establecimiento de una Monarquía constitucional debe ser obra inmediata por imperiosa exigencia de las circunstancias. Ningún sector, ninguna personalidad, ningún partido que quiera servir sinceramente a la patria debe hurtar el cuerpo a esa grave responsabilidad.

Sentarse a la mesa los que hayan de intentar ese pacto o entendimiento de alcance histórico es un ejercicio perfectamente viable. La responsabilidad y la racionalidad con que piensan y se mueven los jefes naturales de las diversas tendencias hoy existentes en España auguran una posibilidad cierta a la iniciativa. El simple hecho del contacto humano y personal desmitifica los «tabúes» y neutraliza los prejuicios. Esa será la primera y grata sorpresa si el diálogo se inicia para este fin.

Traer la democracia a España. Ese es el primer objetivo. No de palabra, sino con hechos y sobre todo con un nuevo talante que se corresponda con el que busca ansiosamente la mayoría de nuestra población. Puesto que el proceso ha de ser largo, comencemos, cuanto antes, a ponerlo en marcha.